Traje formal para recibir la muerte

Santiago Rojas

Image not found.

Capítulo 1

Al despertar, la idea estaba ahí: papá va a morir hoy. No era la lucidez metafísica de un sueño, sino la abstracta certeza de lo inentendible. Lo extraño, al ser indescifrable, toma el carácter de absoluto: la verdad. No sabiendo creer en abstracciones y no queriendo caer en la verdad, me paré de la cama con la certeza de que papá iba a morir; pero con el deseo intenso de que aquello no pasara.

Para el desayuno aún estaba aquí. Comía huevos y pan. Tomaba café negro sin azúcar. Lo miré un rato por la espalda para reconocerlo en su camisa azul recién planchada, su cuello ancho y lo que le quedaba de cabello. Le toqué el hombro para poder sentirlo, para cerciorarme que esto no era un sueño y que afuera papá ya estuviera muerto. «Buenos días, hijo». «Buenos días, papá», dije mientras me sentaba. Comí despacio y casi no le quité el ojo de encima. Pensé que se iba a desplomar sobre los huevos. No lo hizo.

A las 8:30 contesté el teléfono. «¡Papá!, es mi tío». «¿Cuál tío?». «Mi tío Oscar». «¡Yo no tengo ningún hermano que se llame Oscar!». Pero papá sí tiene un hermano que se llama Oscar. De vez en cuando llama, habla mucho con mamá, charla un poco conmigo y luego, con vacilación, pregunta por papá.

Eran las nueve. Papá se fue a trabajar. De casa salió vivo y me aterraba ante la simple idea que volviera muerto, no tanto por su muerte misma, sino por encontrarme ante la realización del vaticinio.

«Chao, papá», le dije tartamudeando un poco.

En todo el día no salí de casa. No me alejé mucho del teléfono esperando a que alguna voz titubeante preguntara si le respondían de donde los Rodríguez, yo respondería que sí, y del otro lado me dirían que lo sentían mucho, que había pasado algo terrible. Yo mantendría en silencio mientras me daban los detalles, colgaría tras decir gracias e iría despacio a contarle a mamá. Quería ser yo quien contestara el teléfono.

El teléfono no sonó para dar la noticia. Lo escuché expectante un par de veces en que mamá logró contestar para luego colgar deprisa.

A las 5 p.m. sonó el timbre: era papá. Volvió vivo, pensé, va a morirse

aquí.

«Hola, papá. ¿Cómo estás?». «Hola, hijo. Cansado. ¿Dónde está su mamá?». «Salió a comprar algo». «Bueno. Me voy a recostar un rato».

«Recostar»…, ¿«recostar»? Ya está, papá se va a morir en cuanto cierre los ojos. Pensé en lo bueno que era que muriera así, también en lo feliz que me hacía que mamá no estuviera para verlo morir.

Me senté en el mueble de la sala a esperar a mamá. Pensaba en las palabras exactas que le iba a decir. Todo un discurso fúnebre escrito en mi cabeza. Creo que sólo ahí tomé verdadera conciencia del significado de lo que iba decir. «Papá está muerto». Nunca se está preparado para recibir la muerte.

Mamá llegó con las compras. Papá se despertó. Nadie en casa murió ese día. El deseo de que la muerte de papá no sucediera me negó la sorpresa de verlo vivo.

Ayer fue miércoles y seguí a la espera de que papá muriera. Me preguntaba si los presagios respetaban las leyes de tiempo establecidas por los hombres, o si le ponían su propia medida a los días. Esperé el momento de la misma manera, pero con menos interés. Como pensé al despertar sin la idea de la muerte fija en la cabeza, papá no va iba a morir tampoco ayer.

Desperté hace 12 horas. Formula repetida, diferente sujeto: mamá va a morir hoy. Otra vez era esa indescifrable seguridad; pero hoy ya no me convencía. «Mamá no va a morir», me repetí buena parte de la mañana.

Hoy sí salí de casa. A las 9 a.m. me fui con papá. Aproveché su salida a trabajar para que me acercara a la librería que queda en la 5° con 24, o 25. No sé. Sólo quería ir a meter la nariz en los libros viejos. A oler las hojas medio comidas, medio gastadas y desdibujadas. En verdad, no me agradaba la compañía de mamá, pero no porque no la quisiera. No. La amo, sí; pero a lo lejos. Amo, sin medida, su imagen viva en mi cabeza, la construcción platónica que de ella me he formado. De la otra, de la camina en casa de aquí para allá, nada sería capaz de decir ahora.

A las 12 p.m. volví a casa. Anteayer quería contestar el teléfono para evitarle a mamá ese «¿La casa de los Rodríguez?», «sí», «señora Rodríguez, lo sentimos mu…», ahora quiero que sea papá quien esté parado aquí para no tener que decirle «mamá está muerta».

Son las 8 p.m. No entiendo de papeleos sobre muertos, pero el cadáver de mamá ya está en la sala. El ataúd es blanco con enchapes dorados; muy bonito. Los del hospital nos explicaron que había muerto de un infarto, sin dolor. «Fulminante», lo llaman ellos. Eso me alivió la pena de que hubiera muerto sola, porque, de todos modos, nada hubiera podido hacer. Papá está triste, pero no llora. Yo tampoco.

Viendo a mamá de cerca, ahora se parece más a aquella que yo amo. Ahí, en su estrecho recinto acolchonado, es más ella de lo que nunca fue cuando vivía. A ella, la muerte, como a todos, le unió lo que era con lo que todos querían que fuera. La hermosa práctica de reconstruir al muerto, darle vida con esas mentiras que son los recuerdos. Mamá, nunca fuiste más hermosa.

Suena el teléfono. Papá contesta. Me mira. Está llorando. Cuelga. No creo que ahora esté llorando por mamá.

—Benjamín…

—¿Qué pasó, papá?

—Su tío, Benjamín, su tío.

—¿Cuál tío, papá? ¡Qué pasó!

—Oscar, hijo, su tío Oscar. Lo encontraron muerto.

—¿Cuándo?...

—Esta mañana. En el apartamento. La policía dice que estaba muerto desde el martes.

Nos sentamos. Jairo llora a mi lado y me dice «hijo» mientras soba mi cabeza. Dejo que lo haga.

Con la mano de Jairo sobre mi cabeza, miro el ataúd de mamá mientras me pregunto si mañana, pasado o cualquier otro día, despertaré con esa verdad implícita: «hoy voy a morir». No quiero caer en la verdad.

Comienzo a llorar.